

LA GUERRA DE LOS DIOSES

LOS MANDATOS BÍBLICOS FRENTE A LA POLÍTICA MUNDIAL

Por Carlos Escudé

*Para Mónica La Madrid, mi mujer,
que nunca me cuestionó,
este libro que le llena de zozobra*

*Para Beatriz, colega y amiga
que siempre me aconsejo bien,
este escrito que le despierta tantas
objeciones, inquietudes y temores*

AGRADECIMIENTOS

Este libro es parte del programa de actividades del Centro de Estudios Internacionales y de Educación para la Globalización (CEIEG) de la Universidad del CEMA. Agradezco el apoyo permanente de esa institución y también el del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de la República Argentina.

Por otra parte, este escrito se inspira parcialmente en la memoria de Mossèn Jerónimo Biosca, un religioso de la ciudad catalana de Igualada que no privaba a sus bastardos de su apellido ni de la educación requerida para un oficio. Mi rama de los Escudé germinó gracias a sus amores sacrílegos de principios del siglo XVI, hace ya quince generaciones. En el encadenamiento de causalidades casuales que conforma la historia de toda familia, él es el eslabón más antiguo del que mi linaje guarda memoria. Su compulsión a la vez honesta y transgresora nos fue transmitida a algunos de sus descendientes a lo largo de medio milenio. Su vida hizo posible mi existencia y esta obra herética sobre la Biblia es el mejor homenaje para su pecado.

En este plano genealógico, agradezco el apoyo logístico de mi amigo egarense Jordi Escudé Armengol, y también el de mis sobrinas Viky y Meche Facio, ejemplares asistentes de investigación. Tampoco puedo olvidar al personal del Arxiu Comarcal de l'Anoia: su directora, Marta Vives, y sus colaboradoras Mari Luz y Dolors Riva. Sin estos aportes jamás hubiera dado con la pista del Padre Biosca, ese venerable antepasado que, con cabal espíritu antinómico, bien merece este libro de regalo.

Finalmente, ya para la materia específica de este escrito, muchos amigos me obsequiaron sugerencias y bibliografía, entre ellos Luis Domingo Mendiola y Marilí y Miguel Saguier. Leonor Machinandarena de Devoto me dedicó una lectura detallada y generosa. Y fue invaluable la asistencia de Rita Saccal, directora de la biblioteca del Seminario Rabínico Marshall Meyer, como también la del personal del Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET). A todos ellos, mi gratitud duradera.

TABLA DE CONTENIDOS

EXORDIO

INTRODUCCIÓN - ¿QUÉ NOS DICE DIOS DE SÍ MISMO?

ACÁPITE 1 – EL DILEMA

ACÁPITE 2 – NUESTRA BIBLIA

ACÁPITE 3 – ACLARACIONES PRELIMINARES

PARTE I - UNA EXÉGESIS NEOMODERNISTA DE LA *TORÁ* O *PENTATEUCO*

INTROITO – EL PLANTEO

ACÁPITE 1 – EL GENOCIDIO COMO MANDATO BÍBLICO

ACÁPITE 2 - LA CONCEPCIÓN DIVINA DE LOS DERECHOS CÍVICOS

ACÁPITE 3 – OCCIDENTE FRENTE AL MANDATO BÍBLICO ANTES DEL ADVENIMIENTO PLENO DE LA MODERNIDAD

ACÁPITE 4 - UNA ALIANZA MATERIALISTA

ACÁPITE 5 – UN DIOS QUE EXIGE SER SACIADO CON TUFOS SEDANTES

ACÁPITE 6 - SUPERPODEROSO PERO NO OMNIPOTENTE: LOS LÍMITES DEL PODER DE YAHVÉ

ACÁPITE 7 – EL BIEN, EL MAL, EL ÁMBITO DE LO ESPIRITUAL Y LA SERPIENTE

ACÁPITE 8 - ¿ES EL GÉNESIS MONOTEÍSTA?

ACÁPITE 9 – UNA LECTURA MÁS CIENTÍFICA DE LA CUESTIÓN DEL POLITEÍSMO

ACÁPITE 10 – ALGUNAS CONCLUSIONES EXEGÉTICAS Y NORMATIVAS

PARTE II – UNA PUESTA A PRUEBA DE NUESTROS HALLAZGOS EXEGÉTICOS: ¿HUBO UN Gnosticismo Judío?

INTRIOTO – EL PLANTEO

ACÁPITE 1 – PORQUÉ EL ORIGEN JUDÍO DEL GNOSTICISMO HA SIDO CUESTIONADO

ACÁPITE 2 – EL MANDEÍSMO

ACÁPITE 3 – DOSITEO, SIMÓN EL MAGO Y MENANDRO: EL GNOSTICISMO SAMARITANO

ACÁPITE 4 – LAS PISTAS TALMÚDICAS

ACÁPITE 5 – FILÓN DE ALEJANDRÍA Y LA SECTA DE LOS MAGHARIYYA

ACÁPITE 6 – SOFÍA: LOS ORÍGENES JUDÍOS DEL PRINCIPAL MITO GNÓSTICO

PARTE III – PARALELOS ENTRE EL OCCIDENTE DE LOS DERECHOS HUMANOS UNIVERSALES Y LA HEREJÍA GNÓSTICA

INTROITO – EL PLANTEO

ACÁPITE ÚNICO – LOS GNÓSTICOS FRENTE A LA HOMOSEXUALIDAD, LA ANDROGINIA, EL PRINCIPIO FEMENINO Y LA MUJER CARNAL

CONCLUSIONES – LA GUERRA DE LOS DIOSES

EXORDIO

Para estandarizar nuestra notación de fechas con las de otros escritos de este tipo, denotaremos como AEV (Anterior a la Era Vulgar) a los años anteriores a Jesucristo y EV a los que corresponden a nuestra era.

Por otra parte, llamaremos “Biblia judeocristiana” al Antiguo Testamento, que es compartido en su mayor parte por judíos y cristianos. El Dios Padre de la teología católica es el Yahvé de la Biblia judeocristiana. El Nuevo Testamento canónico (NT) remite permanentemente al Antiguo y no se sostiene sin él.

Aunque desde el desconocimiento, muchos católicos rechazan el Antiguo Testamento (AT) y creen que su fe se ancla exclusivamente en las escrituras neotestamentarias, esta actitud no responde a la doctrina de la Iglesia. Se asemeja más a la del marcionismo, una herejía gnóstica cristiana antijudía. El vocablo ‘católico’, proveniente del griego *katholikos* (καθολικός), fue acuñado por San Ignacio de Antioquia precisamente para referirse a la presunta universalidad de la Iglesia, en oposición a la parcialidad ‘marcionista’. Ésta respondía al excomulgado prelado Marción de Sínope, cuya obra *Antítesis*, hoy perdida, elaboraba sobre el carácter presuntamente irreconciliable de los dos testamentos.

Desde que quedó dirimida esa cuestión, la Biblia judeocristiana es el cimiento sobre el que se construyen el Nuevo Testamento y la fe cristiana. En el NT hay pocos pasajes que convocan a la guerra santa, pero hay muchos en los que se evoca la figura del “guerrero divino”, que proviene del AT. Lo que está dicho en la primera parte de la Biblia cristiana no necesita repetirse en la segunda. Eso no quiere decir que esté ausente. Esta cuestión ha sido estudiada por eruditos y a sus trabajos me remito.¹

Por otra parte, aunque en medida menor, el llamado a las armas también está presente en forma explícita en el Nuevo Testamento. Por eso, y para que no haya equívocos, al final del volumen presentamos un apéndice con un pequeño muestrario de incitaciones a la violencia de origen neotestamentario.

INTRODUCCIÓN - ¿QUÉ NOS DICE DIOS DE SÍ MISMO?

Acápite 1 – El dilema

La Razón retrocede en nuestro mundo y no sólo a causa del extremismo islámico. En un plano filosófico, tres Occidentales coexisten conflictivamente en la primera década del siglo XXI. Por un lado están aquellos que adhieren literalmente a la Biblia judeocristiana. Este segmento de Occidente retrocedió a lo largo de tres siglos frente al embate de la Ilustración. Casi se extinguió, pero hoy ha renacido gracias principalmente a fundamentalistas protestantes que (entre otras cosas) promueven con éxito el creacionismo bíblico.

Por cierto, desde hace varias décadas asistimos a un fenómeno opuesto al de los siglos anteriores. El Occidente liberal y secular claudica permanentemente frente a un Occidente religioso y fundamentalista que en varios Estados norteamericanos ha conseguido prohibir la inclusión de las teorías de Charles Darwin en la instrucción escolar. Aunque la ciencia sigue avanzando a raudos pasos en los centros del saber y los gabinetes de desarrollo tecnológico, una cuña se ha interpuesto entre la vanguardia de nuestra civilización y las grandes masas, generando bizarras paradojas. Esta embestida, que desde los valores del Occidente liberal y secular puede juzgarse oscurantista, está anclada en contenidos bíblicos que muchas veces se interpretan literalmente.

Por su parte, el Occidente secular se subdivide en dos segmentos reñidos entre sí: el que permanece fiel a las ideas de la Ilustración, y el posmoderno, cuyas concepciones multiculturalistas lo alejan crecientemente del liberalismo original.

El conflicto entre estas cosmogonías seculares deviene de un dilema que Occidente parece no querer reconocer ni mucho menos resolver. Si todos los individuos poseemos los mismos derechos, entonces todas las culturas no son moralmente equivalentes, porque hay culturas que no reconocen, ni siquiera en principio, la vigencia de esos derechos universales. Si por el contrario todas las culturas son moralmente equivalentes, entonces todos los individuos no estamos dotados de los mismos derechos humanos, porque hay culturas que adjudican a algunos hombres más derechos que a otros hombres y mujeres.

En Estados Unidos, Europa y el resto del “primer mundo”, los intelectuales adeptos a la “corrección política” convencional optan por el camino fácil, afirmando simultáneamente que todos poseemos los mismos derechos y que

todas las culturas son moralmente equivalentes. La realidad de democracias multiétnicas y multiculturales hace de este un atajo atractivo. Suponer que la cultura occidental es superior a otras de comparable arraigo histórico se ha convertido en una presunción de mal gusto, que para colmo se considera incompatible con la sofisticada ciencia social postmoderna.

Pero las dos afirmaciones (de aquí en más, Propositiones A y B) son contradictorias. La matriz ideológica que heredamos de la Ilustración, que es a la vez liberal y secular, supone que existen derechos y obligaciones individuales que pertenecen a la humanidad como tal. Si aceptáramos la validez de la afirmación opuesta, en algún lugar, en cualquier momento, entonces esta no sería una verdad universal y los susodichos derechos y obligaciones no pertenecerían a la humanidad como un todo.

Dicho de otro modo, si la cultura de Arabia Saudí es tan respetable como la occidental, entonces es legítimo que en ese país se lapiden mujeres acusadas de adulterio. En ese caso, las mujeres saudíes no poseerían los mismos derechos esenciales que las occidentales. Si por el contrario, suponemos que las mujeres saudíes son acreedoras a los mismos derechos humanos que las nuestras, entonces la cultura que las manda lapidar por adulterio es éticamente inferior a la occidental. La Modernidad, hija de la Ilustración, afirma sin ambages lo segundo. El multiculturalismo postmoderno, en cambio, rehúsa aceptar que pueda haber unas culturas éticamente superiores a otras.

Claramente entonces, hay tres Occidentales en conflicto entre sí:

1. El que adhiere al fundamentalismo, y
2. El secular, que a su vez se subdivide en
 - a. Liberal, y
 - b. Posmoderno, que es relativista y multiculturalista

En esta brega, el fundamentalismo bíblico occidental se recupera parcialmente a costa del Occidente liberal y secular. Pero el segmento que arrolladoramente gana posiciones en casi todos los ámbitos es el posmoderno.

Por otra parte, aunque las dos cosmogonías seculares mencionadas están en oposición al fundamentalismo bíblico, en términos de su lógica interna el conflicto entre el multiculturalismo postmoderno y el segmento fundamentalista de Occidente es de mayor envergadura que el que impera entre el verdadero liberalismo y dicho fundamentalismo.

En verdad, nada hay tan ajeno a los fundamentos judeocristianos como la creencia de que todas las culturas son moralmente equivalentes. Tanto para el Antiguo Testamento como para el Nuevo, la tolerancia religiosa es un gravísimo pecado. Para las escrituras judeocristianas hay una sola verdad y todo lo que se le oponga debe ser reprimido.²

Por su parte, los verdaderos liberales tampoco creen que las culturas sean éticamente equivalentes. En esto, liberales y fundamentalistas coinciden, aunque diverjan en lo que hace superior o inferior a una cultura. En lo que toca a las relaciones entre los individuos y el Estado, la Ilustración nos enseña que hay una sola verdad relevante: la que afirma que todos los hombres y mujeres poseemos los mismos derechos esenciales. Este es el equivalente de una premisa teológica. No acepta excepciones y no se la puede demostrar.

Por lo tanto, los verdaderos liberales rechazamos el multiculturalismo relativista en la misma medida en que lo harían los fundamentalistas bíblicos. Las verdades pregonadas por la Biblia y por la Ilustración son diferentes, pero ambas son la antítesis del relativismo postmodernista. Ambas adhieren a un realismo filosófico que supone que hay verdades objetivas que son más que meras construcciones sociales. Además, en el mundo actual las dos retroceden frente al multiculturalismo.

Por otra parte, este avance posmodernista beneficia mucho a los enemigos de Occidente. Paradójicamente, el multiculturalismo occidental se ha convertido en el aliado táctico del extremismo islámico, a pesar de que en sus esencias es su enemigo estratégico. Obsérvese que nada hay tan radicalmente igualitario como el multiculturalismo, que a fuer de relativista a todo lo iguala. Y nada hay más absolutista que el extremismo islámico, que pretende imponerle al mundo un orden teocrático. Sin embargo, en la actualidad se plasma una alianza implícita entre este multiculturalismo occidental que iguala moralmente a las culturas, y un fundamentalismo islámico que intenta implantar su mandato presuntamente divino. Los bienpensantes de Occidente parecen creer que hay que ser tolerantes incluso con la intolerancia, si ésta proviene de una matriz cultural histórica. Por este motivo, el multiculturalismo priva a Occidente de las defensas necesarias para luchar de igual a igual frente al extremismo islámico.

A la vez, la ideología posmoderna que ha cobrado hegemonía en la prensa occidental, en las grandes universidades y en el discurso político permite

vaticinar que el auténtico liberalismo, hijo de la Ilustración, está condenado a eclipsarse por lo menos por un tiempo. Esto es inexorable y no solamente por las limitaciones a las libertades cívicas que suelen acompañar a las situaciones de guerra. Frente al embate simultáneo del fundamentalismo bíblico, del multiculturalismo relativista y de un extremismo islámico que le declaró la guerra santa a Occidente, parece haberse agotado el espacio para el ya añejo *ethos* de la Modernidad. Que nuestra civilización pueda sobrevivir es en sí mismo dudoso, pero parece imposible que la matriz ideológica de la Ilustración pueda preservar siquiera un grado limitado de vigencia.

Por lo tanto, si hemos de contribuir a salvar a Occidente, los verdaderos liberales debemos prepararnos para abdicar de nuestros ideales, por lo menos transitoriamente, cediendo frente a quienes estén dispuestos a llevar a cabo una defensa a ultranza de nuestra identidad histórica, que peligra.

La pregunta es entonces ¿quién ha de ser nuestro aliado táctico en esta nueva era de la historia mundial? ¿Los fundamentalistas bíblicos que representan el oscurantismo pero que como nosotros están dispuestos a luchar por su verdad? ¿O los relativistas multiculturalistas, más cercanos a nosotros en tanto secularizados, pero a su modo también oscurantistas que suponen que ninguna cultura es superior a ninguna otra?

Aliarnos a los fundamentalistas bíblicos implicaría traicionar un imperativo categórico del liberalismo: la tolerancia. Plegarnos a un multiculturalismo secularizado que le hace el juego al extremismo islámico, equivaldría a contribuir a la destrucción de Occidente. Permanecer solos, finalmente, significaría caer en la irrelevancia, y también por omisión contribuir a la extinción de nuestra civilización.

Este libro se propone contribuir con información y análisis a la toma de partido de sus lectores. El dilema es terminal. Atestiguarlo y protagonizarlo es un patético privilegio, sin paralelos en toda la historia humana.

Acápite 2 – Nuestra Biblia

El autor de este trabajo se proclama un agnóstico deísta. Quiere creer en un principio creador pero reconoce la limitación humana para conocer a la divinidad y descreo de las presuntas revelaciones con que a lo largo de siglos y milenios las autoridades religiosas de diversos credos han manipulado a las masas y extorsionado a los príncipes.

No obstante, la Biblia se ha convertido otra vez (¡y van tantas!) en un texto políticamente relevante. Por este motivo, es necesario prestarle una atención que hubiera sido superflua hacia los años 1800 o 1900, cuando la Razón avanzaba a paso firme.

Por otra parte, desde afuera nuestra civilización enfrenta la agresión del extremismo islamista, exportador de un terrorismo suicida hasta hace poco desconocido, cuyo objetivo declarado es la destrucción del Estado de Israel y la recreación de un califato que se extienda desde Pakistán hasta España. Este extremismo se ancla en una civilización hermana de tronco abrahámico. Como recordamos en el acápite anterior, en algunos países donde tiene vigencia una ley islámica basada en el Corán se lapida a las adúlteras y se le corta la mano a ladrones. Y el terrorismo transnacional emergente de ese contexto cultural se apoya también en el libro sagrado de los musulmanes, donde el concepto de *yihad*, entendido como guerra santa, es un mandato para situaciones especiales que, según algunos de sus fieles, se corresponden con las actuales.³

En otras palabras, tanto la crisis al interior de nuestra civilización como la guerra contra el segmento extremista de una civilización ajena se vinculan en forma directa a Escrituras sacralizadas y hermanadas por su raíz común. El extremismo islámico (terrorista o no) pone en práctica la Ley Islámica (*sharia*) en los países donde domina. A su vez, el fundamentalismo protestante y católico ha comenzado a imponerle limitaciones a la cultura liberal y secular que hasta hace poco era hegemónica en Occidente.

Obviamente, la expansión del ámbito de lo religioso sobre lo público ha llegado mucho más lejos en los Estados musulmanes que entre nosotros. En los países dominados por la *sharia*, la ley surge directamente del Corán. Irán, por su parte, es una teocracia desembozada. Occidente, en cambio, sigue siendo una civilización esencialmente secularizada, a pesar del aumento de la influencia política de los sectores religiosos en Estados Unidos. No obstante, la Biblia jamás perdió su posición de libro sacratísimo entre nosotros, ni

siquiera entre quienes no profesan religión alguna. La mayoría de los juramentos más solemnes la invocan y se sellan sobre ella. Se la puede ignorar pero raramente se la critica.

Este dato es la punta de un ovillo sorprendente, que al desenredarse desnuda algunas de las contradicciones más paradójicas de la civilización occidental. Como se documentará en este escrito, nuestros principios cívicos liberales son la antítesis de los valores de esa Biblia judeocristiana que sigue entronizada en el plano de lo simbólico y a la que muchos consideran “palabra de Dios”. Desde el advenimiento de la democracia republicana, los principios en que se asientan nuestros Estados violan los de nuestra Biblia en forma directa. En cambio, en los países islamistas no se violan los valores de sus Escrituras. Los principios proclamados por sus Estados se ajustan a los del Corán. En ellos no hay contradicciones. Desde el punto de vista de la coherencia interna entre Escrituras, legislación y práctica, los países islámicos regidos por una *sharia* son mucho más consistentes que los nuestros.

La nuestra es una civilización cuyo dinamismo científico y cultural emergió de sus segmentos liberales y seculares, que suscribieron los valores de la Ilustración. A la vez, nuestros poderosos núcleos religiosos mantuvieron vigentes unas Escrituras que contradicen esos valores. La Biblia judeocristiana ordena lapidar no sólo adúlteras sino también homosexuales y opositores políticos o religiosos. Además, su prédica del genocidio como mandato de Dios es mucho más extrema que cualquiera de las crueles normativas del Corán.

Obviamente, los fundamentalistas judeocristianos no nos imponen el cumplimiento de los mandatos bíblicos más extremos. Por ahora sólo exigen que no enseñemos evolucionismo en los colegios públicos. Pero las Escrituras en que se apoyan son taxativas a la hora de ordenarnos arrasar a nuestros enemigos, tal como hacen los extremistas islámicos con los suyos. El mandato deuteronomico es claro:

20:10 Cuando te acerques a una ciudad para atacarla, primero le ofrecerás la paz.

20:11 Si ella la acepta y te abre sus puertas, toda la población te pagará tributo y te servirá.

20:12 Pero si rehúsa el ofrecimiento de paz y te opone resistencia, deberás sitiársela.

20:13 Yahvé, tu Dios, la entregará en tus manos, y pasarás al filo de la

espada a todos sus varones.

20:14 En cuanto a las mujeres, los niños, el ganado y cualquier otra cosa que haya en la ciudad, podrás retenerlos como botín, y disfrutar de los despojos de los enemigos que Yahvé, tu Dios, te entrega.

20:15 Así tratarás a todas las ciudades que estén muy alejadas de ti y que no pertenezcan a las naciones vecinas.

20:16 Pero en las ciudades de esos pueblos que Yahvé tu Dios te da como herencia, no dejarás nada con vida.

20:17 Consagrarás al exterminio total a los hititas, a los amorreos, a los cananeos, a los perizitas, a los jivitas y a los jebuseos, como te ha mandado Yahvé tu Dios.

La contradicción presente al interior de nuestra civilización queda claramente documentada cuando contrastamos este mandato genocida de nuestro libro más sagrado, con lo que mandan los Artículos II y III de la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio. El primero establece:

“Se entiende por genocidio a cualquiera de los siguientes actos, si fueran perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso: a) Matanza de miembros del grupo; b) Lesión grave a la integridad física o mental de sus miembros; c) Sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que acarreen su destrucción física total o parcial; d) Medidas destinadas a impedir los nacimientos en su seno; e) Traslado por la fuerza de niños del grupo a otro grupo.”

El Artículo III agrega:

“Serán castigados: a) El genocidio; b) La asociación para cometer genocidio; c) La instigación directa y pública a cometer genocidio; d) La tentativa de genocidio; e) La complicidad en el genocidio.”

Claramente, el texto presuntamente sagrado de la civilización judeocristiana se encuadra en esta definición. Instiga la destrucción de grupos étnicos enteros. Si fuéramos fieles al mandato bíblico tendríamos que abrogar tratados como este... y cumplir con la Ley Divina. Si por el contrario, nos ciñéramos a los valores representados por tales leyes y tratados, deberíamos suprimir el texto bíblico, que es claramente violatorio de la ley. Su mera difusión debería estar penada.

La Divinidad que presuntamente inspiró el texto sagrado fue precursora de Hiroshima y no sólo aprueba sino que manda que se proceda de ese modo, so pena de pecar contra Él y perder los beneficios de su Alianza. Los occidentales no están conscientes de este mandato porque muy pocos leen la Biblia y casi nadie lo hace en forma independiente. Intermediarios humanos nos ayudan a interpretar la palabra supuestamente divina, siempre desde la premisa de que Dios es bueno. Todo lo que suene malo o perverso se reinterpreta desde este axioma extra-bíblico, que es palabra del hombre. Por cierto, como se verá en este estudio, Yahvé no presume de ser bueno. Hasta 1945, Occidente tampoco, y ese fue quizás uno de los secretos de su éxito.

En los hechos, desde Hiroshima nuestra civilización promulgó una moral laica que condena el genocidio. En términos éticos superó con creces el mandato de su Dios. Pero no ha podido ni querido suprimir su tradición bíblica.

Por este motivo, Occidente es mucho más contradictorio que la cultura de los islamistas que imponen su *sharia*. Esa contradicción es el producto de una superioridad: la de haber superado moralmente a nuestras Escrituras, que son por lo menos tan sanguinarios como los de ellos. Occidente no solamente no ha podido sacarse la Biblia de encima sino que desde hace algunos años la influencia de ésta avanza otra vez, cuestionando evoluciones del pasado en temas que se inscriben en el ámbito del saber científico.

Mientras tanto, el islamismo radical sigue el mandato yihadista del Corán a pie juntillas. Occidente se debate en sus contradicciones, mientras su enemigo no se impone ningún límite en su guerra santa. Obsérvese que una de las singularidades de la era actual consiste en que, por primera vez en toda la historia humana registrada, desde los ataques nucleares contra Hiroshima y Nagasaki las grandes potencias se han abstenido de usar sus armas de máximo poder destructivo. Esto ha equiparado el poder militar de Estados muy poderosos con el de otros menos poderosos. Nunca antes se había producido este fenómeno. En la Segunda Guerra Mundial, y antes en la Primera, y antes aún en las guerras napoleónicas..., siempre, las grandes potencias pusieron sobre la mesa todo su poder destructivo. Pero a partir de Hiroshima, Occidente (y Rusia también) se civilizaron y humanizaron en lo que fue una verdadera proeza moral.

Hasta la terminación de la Segunda Guerra Mundial, Occidente cumplió con el cruel mandato bíblico, pero su progreso ético posterior lo condujo a abandonar las exhortaciones de Yahvé. A la vez, el extremismo islámico no compartió

con Occidente este progreso moral y se aprovecha de la actitud humanitaria de potencias nucleares que se comportan como si no lo fueran. Por eso puede librar sus “guerras santas” contra Israel y contra Occidente todo.

En el largo plazo, Occidente e Israel estarán perdidos si persisten en esta conducta moralmente superior. Para sobrevivir habría que acudir a la inclemencia a que apela el enemigo. Si se optara por ella la victoria sería inmediata debido a la diferencia abismal de poder. Pero si continúa en vigencia el doble estándar por el cual el enemigo apela a cualquier medio de que disponga para atacar, mientras Israel y Occidente se abstienen de usar su poder máximo, entonces el adversario eventualmente tendrá medios nucleares y vencerá.

Obsérvese que la paradoja es múltiple y sin precedentes:

1. La creciente vigencia de los textos bíblicos, hacia adentro de nuestras sociedades, nos impone el oscurantismo en la educación (especialmente en lo que se refiere a la evolución de la especie humana) y nos aleja crecientemente del espíritu de la Ilustración, que hizo a la grandeza de Occidente. En nuestros tiempos, como en los de Giordano Bruno y Galileo Galilei, las Sagradas Escrituras tienen un impacto regresivo al interior de la cultura occidental a través de la política.
2. Simultáneamente, en nuestra actitud hacia la guerra y los derechos cívicos hemos abandonado el texto bíblico de una manera radical (aunque sin desnudar su iniquidad, que piadosamente respetamos).
3. En cambio, el islam fundamentalista que nos ha declarado su santa guerra adhiere fielmente al mandato yihadista de sus propias escrituras, de manera que mientras nosotros nos abstenemos de usar la plenitud de nuestro poder, ellos emplean todos los medios a su disposición para derrotarnos. Esto incluye el uso de escudos humanos y de suicidios masivamente asesinos. Porque hemos superado éticamente a nuestras escrituras, llevamos las de perder. Porque nuestros enemigos son fieles a las suyas, llevan las de ganar.

Es muy difícil, en estas circunstancias, señalar el rumbo que debe tomar Occidente. Nuestra disyuntiva, agravada por la existencia de grandes arsenales de armas de destrucción masiva, es la más dramática de todos los tiempos:

- ¿Debemos denunciar nuestras Escrituras, porque violan los principios éticos superiores de nuestra civilización?
- ¿Debemos regresar a los mandatos bíblicos en nuestra lucha perdidosa contra los enemigos actuales?
- ¿Debemos implantar un doble estándar explícito, manteniendo la vigencia de los valores occidentales en el ámbito interno, pero regresando a la saña bíblica en nuestra guerra contra los yihadistas?
- ¿O debemos permanecer sumidos en nuestra autodestructiva contradicción actual?

No pretendo tener la respuesta. Pero comencemos proveyendo al público los datos que necesita para ir formando su propia opinión. Para eso, aquí acometeremos una exégesis neomodernista de los primeros cinco libros de la Biblia judeocristiana, con el objetivo de esclarecer el mandato normativo explícito y la escala de valores implícita del texto que es tenido por sagrado por nuestros religiosos.

Como este análisis está inspirado en inquietudes que son de orden cultural y político, se justifica que quien lo lleve a cabo sea un politólogo, no un teólogo. Como en tantas otras ocasiones en la historia de las ideas, estamos en una coyuntura en que es necesario traspasar las fronteras entre disciplinas. Hoy nos toca abordar el cruce entre la política y la teología, como lo hiciera Baruch Spinoza en el siglo XVII.

Metodológicamente atacaremos la cuestión desde su raíz. Nuestros fundamentalistas suponen que los primeros cinco libros de la Biblia (idénticos para judíos y cristianos pero conocidos por los primeros como la Torá y por los segundos como el Pentateuco) son la “palabra de Dios” y constituyen el primer ladrillo de la Revelación. Para todos ellos, es lo más sagrado del Antiguo Testamento.⁴ El creacionismo, punta de lanza del oscurantismo que crecientemente se impone en nuestra cultura, se fundamenta en el Génesis, el primero de estos antiguos fascículos. Y a medida que recorramos sus versículos y los de los otros cuatro libros de la Torá, desenmascaramos la verdadera escala de valores histórica de nuestra civilización y el tenor del mandato presuntamente divino.

Con ese espíritu convocamos a creyentes y no creyentes a un ejercicio intelectual. Durante la lectura de estas páginas los agnósticos deberemos hacer abstracción de nuestro escepticismo y suponer que el Pentateuco es una auténtica Revelación. A su vez, los creyentes deben dejar de lado sus diversos

dogmatismos por apenas unas horas, para leer la Torá con independencia de criterio frente a sus pastores, sacerdotes y rabinos. Es sólo por un breve lapso después del cual cada uno podrá regresar a lo suyo. Nadie se hará acreedor al infierno por leer una vez la palabra de Dios sin apelar a las interpretaciones humanas tradicionales.

El objetivo inmediato de este ejercicio exegético es dilucidar una cuestión esencial para todos los tiempos pero especialmente para el nuestro. ¿Quién es el Dios del Antiguo Testamento? ¿Cuál es su verdadero perfil, tal como emerge del texto mismo, prescindiendo de las exégesis de autoridades religiosas cuyos dictámenes son apenas palabra humana? ¿Qué nos dice Dios de sí mismo?

A la vez, nuestro objetivo último es reflexionar sobre las dos alianzas alternativas que, al interior del Occidente actual, están al alcance de un liberalismo en extinción: el fundamentalismo bíblico y el multiculturalismo relativista. Partimos siempre de la premisa de que el imperativo ineludible es la supervivencia de nuestra civilización.

Acápite 3 – Aclaraciones preliminares

Las versiones judía y cristiana de la Torá (“la Ley”) o el Pentateuco (“cinco libros”) son idénticas. Judíos y cristianos usan estos vocablos diferentes para referirse a los mismos textos, que comprenden los primeros cinco libros de la Biblia. Estos son los mismos para ambas tradiciones: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, en ese orden. Tanto para judíos como para cristianos se trata de la parte más antigua y sagrada de lo que los primeros llaman el Antiguo Testamento. Sin el Pentateuco, no se sostiene la teología católica, basada en un concepto trinitario de Dios. El Dios del Antiguo Testamento es el Dios Padre del cristianismo a la vez que el Dios de los judíos.

Normalmente, cuando un autor usa el término ‘Torá’ está escribiendo para judíos y cuando se refiere al ‘Pentateuco’ lo está haciendo para cristianos. No es el caso de este trabajo, que está dirigido por igual a cristianos, judíos, agnósticos, ateos y gentes de otras tradiciones religiosas. Por ello, aquí usaremos ambos vocablos en forma indistinta, según la conveniencia fonética de cada párrafo y oración. Además, de vez en cuando acudiremos a un vocablo nuevo de cuño propio: el *Pentatorot* (“cinco leyes”). De esta manera pretendemos evitar toda interpretación sectaria de este escrito. En estas páginas, Torá, Pentateuco y Pentatorot significan la misma cosa.

Las diferencias entre la Biblia judía y el Antiguo Testamento católico provienen del ordenamiento de algunos libros posteriores a el Pentatorot, y también de la inclusión de unos pocos libros más tardíos.⁵ Estas diferencias resultan principalmente del hecho de que la Biblia católica hereda la tradición de la Septuaginta, una traducción del hebreo al griego realizada entre los siglos III y I AEV por judíos de Alejandría.⁶ La copia más antigua del Antiguo Testamento que haya llegado hasta nosotros en lengua alguna es un ejemplar casi completo de esta Biblia griega, conocido como el *Codex Vaticanus*, que data del siglo IV EV y pertenece al Estado pontificio. Casi igualmente antiguos son el *Codex Sinaiticus* y el *Codex Alexandrinus*, copias casi enteras de la misma versión atesoradas por el Museo Británico.

La más antigua copia sobreviviente en hebreo, de donde deriva la Biblia judía de la actualidad, es unos 700 años más moderna que aquéllas, de los alrededores de 1000 EV. Se conoce como Biblia masorética porque fue copiada por los masoretas que agregaban signos de vocalización al hebreo. A diferencia de la Septuaginta que se originó en Egipto, el texto masorético tuvo

su origen en Palestina. Hasta recientemente se creyó que los judíos de Alejandría se habían separado del tronco central del judaísmo palestino, cambiando el ordenamiento de algunos libros y agregando otros a su traducción al griego. Sin embargo, los hallazgos de fragmentos en hebreo que coinciden más con la Septuaginta que con la masorética entre los manuscritos encontrados en Qumrán (los famosos “rollos del Mar Muerto”), demuestran que hacia los primeros siglos de nuestra era existían varias versiones del judaísmo, incluso en Palestina. La Septuaginta ha adquirido así más universalidad que antes de ese trascendente hallazgo arqueológico.

De cualquier modo, las versiones más actualizadas de la Biblia católica, como la prestigiosa *Biblia de Jerusalén* que se publica en castellano y en francés, ya no son traducciones de la Septuaginta sino de la Biblia masorética usada por los judíos actuales, aunque reteniendo los contenidos y ordenamientos de la Septuaginta, que son parte de la tradición bíblica de la Iglesia de Roma.

Por lo tanto, hoy la convergencia entre católicos y judíos es casi total. En el caso de la Torá las diferencias que subsisten son muy menores y emergen de diferentes criterios de traducción a la lengua vernácula de un mismo documento antiguo en hebreo. No son discrepancias que separen a los diversos cultos sino a los traductores, y de hecho hay una multitud de pequeñas diferencias entre las muchas traducciones judías y cristianas de estos libros.

La principal diferencia en la letra impresa de estas Biblias radica en el nombre de Dios. No se trata de una discrepancia entre credos sino de una convención judía que, en función de una normativa posterior, prohíbe o desalienta el uso de los nombres de Dios que de hecho aparecen en los documentos antiguos que han sobrevivido.

En este plano, la principal y más frecuente modificación en las traducciones a lenguas vernáculas consiste en reemplazar el Tetragrámaton, YHWH, por Dios, Señor, Adonai, El Eterno o algún otro sinónimo. El texto masorético (el supérstite más antiguo en hebreo) agrega a YHWH la puntuación de vocales, y por eso la *Biblia de Jerusalén* opta por el vocablo Yahvé, a la vez que otras traducciones cristianas acuden a Jehová y variantes similares. En rigor nadie sabe exactamente cómo se pronunciaba YHWH, pero la modificación judía del texto no responde a este desconocimiento compartido sino a la normativa mencionada.

El otro nombre de Dios que se encuentra con frecuencia en la Torá o Pentateuco es Elohim. En este caso, tanto las traducciones judías como cristianas suelen reemplazarlo por Dios, seguramente para no confundir a los fieles, ya que en sentido literal Elohim no quiere decir ‘Dios’ sino ‘dioses’. Deriva de Eloha, que significa Divinidad, siendo Elohim su plural masculino.⁷ Su traducción literal podría sembrar sospechas de que la Revelación no se corresponde con una concepción monoteísta. En algunos contextos gramaticales Elohim puede interpretarse como “Dios de dioses”. En otros está abierta la posibilidad de interpretar “los dioses”.

YHVH, o sea Yahvé, aparece unas 7000 veces en el Antiguo Testamento. Elohim aparece más de 2300. Hay otros nombres de Dios en la Biblia, menos frecuentes, que según el contexto a veces son reemplazados por el vocablo Dios en las traducciones a lenguas vernáculas. El más importante entre ellos es **Ēl** (אֱל), que no debemos confundir con el artículo ‘el’ ni con el pronombre ‘Él’ del castellano. Aparece cerca de 200 veces, casi siempre con un vocablo descriptor: Ēl Sadday (Dios de la Montaña), Ēl Elyon (Dios Altísimo), Ēl Olam (Dios Eterno). Y aún otro nombre de Dios es Elah, que aparece unas 70 veces. Con excepción de Yahvé, todos estos nombres derivan del nombre del “padre de todos los dioses” vigente en toda la región del Levante durante largos siglos.⁸

En este escrito alternaremos entre Yahvé, Adonai, Dios y Señor según la conveniencia sonora de cada párrafo. Como en el caso del Pentateuco, procederemos de ese modo para que nadie crea que nos dirigimos más a cristianos que a judíos o viceversa, y para privar a todos y cada uno de los judeocristianos de la posibilidad de no darse por aludido y suponer que no estamos hablando de ‘su’ Dios.

Por lo demás, ya está claramente establecido por la crítica bíblica contemporánea, tanto católica como judía, que el antiguo compilador de la Torá entrelazó cuatro tradiciones orales diferentes en los textos que nos legó. Se trata de las corrientes conocidas como yahvista, elohista, sacerdotal y deuteronomica, que atraviesan los cinco libros del Pentateuco de una manera frecuentemente desordenada. No obstante, a pesar del consenso entre la mayoría de los entendidos de los diversos credos, los sectores más recalcitrantes de todos ellos se escandalizan frente a esta forma crítica de leer el texto presuntamente revelado.

S. David Sterling, por ejemplo, nos cuenta que la publicación en 2001 de la compilación de David Lieber, *Etz Hayim: Torah and Commentary*, realizada bajo los auspicios del judaísmo conservador, generó una tormenta hacia adentro y hacia fuera de ese segmento de las comunidades judías de países angloparlantes, al introducir conceptos de la crítica bíblica científica a la discusión entre legos.⁹ En los hechos la gran mayoría de los judíos observantes y fieles protestantes se abstienen de realizar lecturas críticas de la Biblia, a la que leen de manera fragmentaria en situaciones litúrgicas. La inmensa mayoría de los católicos ni siquiera llega a eso, a pesar de que la construcción teológica de la Iglesia romana, que combina revelaciones de ambos testamentos para construir dogmas como el del Dios trino y el pecado original, depende totalmente de interpretaciones medievales del contenido del Pentateuco.

Las anotaciones a la *Biblia de Jerusalén* son quizá las más útiles para el lector que desee consultar una versión católica en castellano. Para el que desee una versión judía, la *Jewish Study Bible* publicada en inglés por Oxford University Press es una de las más actualizadas. En castellano, una traducción altamente recomendable de el Pentateuco es la del Rabino Marcos Edery, cuyo aparato erudito es excepcionalmente útil.¹⁰ Lo mismo es cierto de la extraordinaria traducción del Génesis publicada en 2006 por Daniel Colodenco.¹¹ Pero lo más recomendable es cotejar versiones. Sólo así se capta la cabal convergencia de interpretaciones judías y católicas en torno de los temas que analizaremos en este trabajo.

Una de nuestras conclusiones, confesa de antemano, es que la autoridad religiosa judeocristiana siempre interpretó caprichosamente la palabra de Dios. Pero para verificarlo acudamos a ese Verbo.